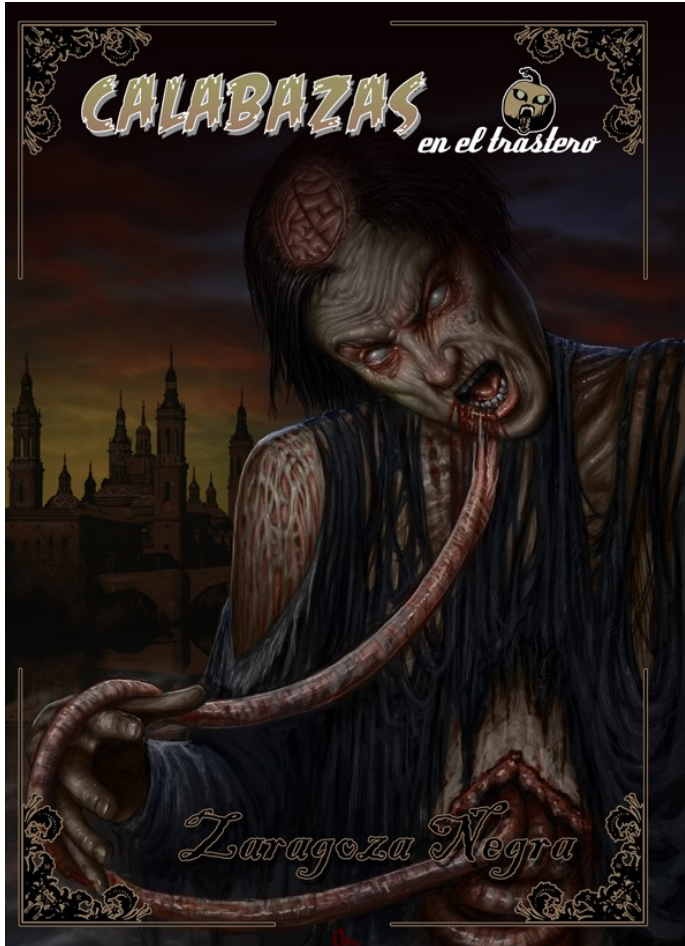


CALABAZAS

en el trastero



Zaragoza Negra





Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Laragoza Negra

Créditos:

Segunda edición digital: noviembre 2015

Código: COD 9785400038635050056

Ilustración de portada: Martín de Diego Sádaba

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: David Jasso y JA Laguna Edroso

Prólogo: Elías Fosco

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Autores: Julio Blanco García, Óscar Bribián,

Blanca Libia Herrera, David Jasso,

Juan Ángel Laguna Edroso, Marco Maldonado,

Roberto Malo, Fermín Moreno González,

Eduardo Prades, José Antonio Prades,

Cristina Ruberte-París, Rubén Serrano,

Ángel Sobreviela y Victoria Trigo Bello

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca

Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La otra Zaragoza

La alegre y confiada ciudad de Zaragoza, como la denominaba cierto profesor que mi madre tuvo en la carrera de derecho, no parece el escenario adecuado para el transcurso de una historia de terror. Quizás por ello, precisamente y por paradójico que resulte, constituye un marco idóneo. ¿Qué mejor lugar para que irrumpa el elemento extraño, el escalofrío, el sobrecogimiento que el propio refugio donde parece que nada pudiera ocurrir? La capital aragonesa no tiene la inquietante magia de Venecia, ni la sombría leyenda de Turín, ni la tradición espectral de Londres, ni la historia sangrienta de París. Ni siquiera el clima propicio de Vigo, los vestigios de Roma o los misterios de Granada. Sin embargo, también tiene sus secretos. Y su pasado.

Cuando juntamos los términos Zaragoza y terror, es inevitable hablar de la Casa del Duende. No es solo un caso socorrido por lo conocido que resulta, sino también uno paradigmático: en su naturaleza y en su desarrollo encierra muchas de las claves de lo

que supone lo fosco en esta ciudad. Hagamos un poco de memoria.

Otoño de 1934. En medio de las noticias habituales en una España convulsa que naufraga hacia la Guerra Civil, aparece un breve algo estrafalario: una voz misteriosa, procedente de la trampilla de uno de los infiernillos de un fogón de hierro, ha mantenido en vela no solo a los inquilinos de la casa donde está situada la cocina, sino también a sus vecinos. El extraño fenómeno es, además, persistente. No se contenta con una aparición estelar con la que azuzar un par de conversaciones entre amas de casa, sino que osa manifestarse también frente a los agentes de la autoridad que se personan ante la denuncia de los vecinos.

El caso adquiere dimensiones de lo más peregrino: durante dos meses, continúa su actividad, y los periódicos de toda la nación, e incluso uno inglés, se hacen eco del fenómeno. La voz, que según los testigos interactúa con los presentes, se resiste a ser ignorada. Se muestra, bien al contrario, hostil, territorial.

Los vecinos, que ya han puesto de manifiesto la perspectiva que consideran adecuada ante algo tan insólito (llamar a la policía, no a un exorcista), se

obstinan en combatirla a su manera: recurren a los servicios de psiquiatras, arquitectos y otros hombres de ciencia para que dismantelen el piso, para que diseccionen la casa hasta encontrar el escondrijo desde el que procede la voz. Porque la voz ha de proceder de algún sitio.

Esta aproximación a lo sobrenatural, o, al menos, a lo sobrecogedor, no deja de ser curiosa. Destila un pragmatismo que resulta chocante, casi antagónico con el propio concepto de "historia de fantasmas". Desde luego, incluso el cinismo del que hacía gala el protagonista de "Fantasmagoria", la obra de Lewis Carrol, cuando es visitado por un espectro, resulta más poético que la prosaica reacción de los vecinos de la calle Gascón de Gotor. Es algo que va más allá del escepticismo. No es que se ponga en tela de juicio que realmente esté saliendo una voz de un fogón situado en medio de una habitación, sino que, sin más, se incorpora el fenómeno a la realidad; no es, en cierto modo, ni más ni menos explicable que un relámpago.

Sería fácil recurrir al tópico de que los aragoneses son de pocas fantasías, gente con los pies en la tierra. Precisamente por ello he querido abrir este prólogo con la historia de la Casa del Duende, porque en ella

se da una cuestión peculiar: lo fantástico o inexplicable se aborda y digiere como cotidiano, como mundano. En cierto modo, es como si no hubiera diferencia. Cuando lo que no debería ocurrir irrumpe en Zaragoza la realidad no se quiebra como en los relatos de Lovecraft ni los implicados afrontan el reto con el escepticismo burlón que captara Wilde en su "El fantasma de Canterville". No, se llama a las autoridades. Se acepta el nuevo elemento como uno más.

Zaragoza es una ciudad vieja pero que sigue creciendo como un adolescente: a tirones, a rachas, con sus empachos y sus indecisiones. Sobre sus huesos romanos, que ya se asientan sobre otros más antiguos, han ido creciendo calles y barrios. Sus nombres amparan los secretos del pasado, francos con quienes conocen sus claves. Por ejemplo, la hoz de los labradores se convierte en el Gancho que da nombre a la conocida parroquia, pero la impronta sigue ahí, oculta, esperando su momento, esperando a ser descubierta. Del mismo modo que lo han hecho durante siglos el puerto romano, el teatro, las ruinas que dormían bajo el Paseo Independencia.

Los propios zaragozanos se muestran reacios a sorprenderse con los descubrimientos, como si, en el

fondo, supieran ya que iba a tener lugar. Quizás no en ese momento preciso, sino tarde o temprano, como se suele decir. Desde que llegan a la ciudad (porque casi todos llegaron; solo desde los partos en los hospitales los nuevos habitantes nacen en la propia urbe) aceptan esta naturaleza peculiar de la ciudad: es vieja, pero discreta. Sus monumentos, sus cicatrices, las peculiaridades que marcan a cualquier asentamiento de más de dos mil años de antigüedad, no son espinas que sobresalgan de su interior, sino que se funden en el todo mundano, como si no quisieran llamar la atención. La muralla romana ha sido una tapia durante años y años. Al otro lado de la basílica, muro de edificios. Los palacios, aun con estatuas, se confunden con el entorno, como si no quisieran molestar. Y, aun así, las leyendas se resisten a sumirse en el olvido. Solo aguardan.

Los que vienen de los Monegros no hablan mucho de los túneles de los moros que recorren su tierra como las venas de un titán. Kilómetros y kilómetros de pasajes subterráneos que nadie sabe para qué sirven ni a dónde conducen. Canales, regadíos dignos de los jardines colgantes de Babilonia, pasadizos secretos por los que darse a la fuga o esconderse, entradas misteriosas a cavernas

donde los moros guardaron sus tesoros, como el fabuloso toro de oro... quién sabe. Están, que es lo que importa, y tienen su nombre, aunque este carezca de sentido cuando se sospecha que los tesoros de los moros son anteriores a la Edad Media... Acompañan el día a día.

¿Por qué se sorprenderían entonces de la existencia de los pasajes laberínticos que surcan las entrañas de la capital? ¿Por qué les darían mayor importancia? Ya saben (todos lo saben) que en Zaragoza vivieron los romanos. Y otros antes que ellos. Y que el tiempo va echando una capa tras otra y cubriendo misterios, creando sus dédalos.

Zaragoza vive con la inercia de las gentes del campo que llegaron siguiendo el canto de sirena de las industrias. Los fines de semana, las vacaciones, estos vuelven a sus pueblos de origen y contemplan la majestuosidad de las montañas, conducen entre bosques, barrancos y desiertos hasta sus hogares ancestrales. Escuchan el silencio del campo y vislumbran los espantabrujas sobre las chimeneas. Saben que los secretos están ahí, que son mundanos. Las brujas de Trasmoz no pertenecen a los libros, sino a las conversaciones entre chiquillos, a los susurros en las cadieras. El mito discreto, que no ha

llamado la atención de las masas desde Bécquer.

Agricultores y ganaderos, aun reconvertidos en urbanitas, llevan en su sangre la mirada del que ha visto lo ominoso, lo inexplicable, lo sobrecogedor. Lo fosco es en Zaragoza cotidiano. No habitual, sino mundano. Incluso las fuerzas primigenias que parecen olvidadas por regla general en las grandes urbes tienen un papel protagonista en la capital aragonesa: el cierzo y el Ebro son deidades del día a día, criaturas fabulosas pero no fantásticas. Tanto el primero como el segundo, además, son fértiles referencias en cuanto a lo oscuro.

El viento enloquecedor, implacable, que azota a la ciudad infatigable es una figura tan conocida, y tan experimentada por todo aquel que haya visitado Zaragoza, que casi se convierte en un telón de fondo obligatorio, como si rehuyera ser personaje. Más interesante resulte, quizás, el río. A diferencia de la mayor parte de las ciudades que nacieron a las orillas de un importante curso fluvial, la capital aragonesa ha vivido de espaldas al Ebro durante muchos años, conviviendo con su presencia como se convive con los viejos secretos o con los monstruos dormidos. ¿Quién no ha oído hablar del Pozo de San Lázaro, una sima que parece rivalizar en voracidad

con Escila y Caribdis? Antes de que existieran autobuses para ser devorados por entero y bajo la mirada notarial de la prensa, ya contaban que había engullido un carro con toda su caballería. Apenas nadie le dedica, sin embargo, una mirada cuando pasea por la rivera desafiando al cierzo.

Y, sin embargo, están ahí. Los rincones, los hechos, la propia idiosincrasia del fosco zaragozano. Y también están aquellos que no solo le dedican una mirada, sino también unas líneas, un escrutinio, un interés entre arqueológico y cómplice.

En este "Calabazas en el Trastero: Zaragoza Negra" se presentan trece incursiones en la literatura fosca que nace en torno a esta ciudad, un enclave que nadie imaginaría como un destino espeluznante pero que demuestra estar sobradamente a la altura. A través de ellas descubrirás la intrincada maraña en la que lo siniestro acompaña el día a día de sus habitantes.

No es la intención de esta antología presentar una radiografía de un género que suele permanecer olvidado, ni tampoco abanderar un movimiento o tendencia. Sin embargo, es casi imposible no darse cuenta de la existencia de ese hilo de Ariadna que une las historias entre ellas y con el pasado popular

que ha sido transmitido en patios de colegio, en noches de verano y campamentos, en anécdotas y raras historias donde el escalofrío tiene su protagonismo.

Ambientadas en el presente, en un futuro hipotético, en el pasado cercano o en mundos paralelos, todas comparten esa asimilación del elemento perturbador como algo natural, presente y por tanto inevitable, incuestionable. Son temores e inquietudes universales las que se plasman, sí, pero con un enfoque particular, tan particular como el de los propios vecinos de la Casa del Duende. En este volumen no encontrarás flemáticos *gentlemen* que combaten a la encarnación del mal ni románticos aventureros que exploran lo ignoto con nostalgia colonialista. Bien al contrario, Zaragoza se muestra como algo más que un espacio geográfico. Es casi un modo de entender de la existencia. Y los personajes que en ella disfrutaban de la épica de vivir, por cotidiana que sea, se ven imbuidos por él.

Transcurran las historias en escenarios más íntimos, propios del pasado de los protagonistas y en muchos casos compartidos por el propio lector zaragozano (Torrero, el parque Bruil, el intrigante Caracol, las líneas de autobuses en las que tantas

horas transcurren... raro es que no haya aparecido uno de esos institutos medio abandonados que, decían, eran hospicios u hospitales de guerra) o apoyados en el pasado, en ocasiones cuasi mitológico, que moldeó la ciudad, todas ellas comparten ese volver la vista hacia lo oculto pero con la mirada de quien redescubre un viejo álbum de fotos. *Sí, esto tenía que estar por aquí, bajo el polvo y las telarañas*, parece el pensamiento más adecuado.

También, al mismo tiempo, muestran una vitalidad insoslayable. La ciudad crece, muta, se expande. La geografía de calles adquiere un protagonismo importante en muchas narraciones porque no son simplemente espacio, sino historia, pasado y futuro, punto de encuentro social o referente. Del mismo modo que Zaragoza se construye, también modela a quienes habitan sus calles durante el proceso. Su seno, además, siempre está abierto al que viene de fuera; llegaron generaciones enteras hace unos años, con la industrialización, y llegan ahora otros, con la globalización. Esta capacidad proteica, tan personal, funde futuro y pasado: si el primero inquieta por indeterminado, el segundo por lo que pueda ocultar,

por lo que ha mantenido en secreto quién sabe hasta cuando. Poco importa: lo que llegue, llegará, sea por primera vez, sea de vuelta.

Realistas, metafóricas, fantásticas o a caballo entre todos estos enfoques, mantienen esos hilos comunes: no son grandilocuentes, sino mundanas; y todas nos traen los ecos, a veces olvidados, a veces ignorados de tan presentes, de esos rincones de la otra Zaragoza.

La otra Zaragoza, que en realidad no es más que la misma Zaragoza. Discreta, gloriosa, inmortal. Testaruda y misteriosa, cambiante y eterna. A veces confiada. Y, por ello, escenario terrible cuando llegan vientos oscuros en el seno del cierzo.

Elías Fosco

Zaragótica, una historia de los ochenta

Por Cristina Ruberte-París

Mi recuerdo para Anabel, Coca, Juan, Cristina y Mauricio.

Preguntas sin respuestas de mi adolescencia.

Allá donde los grajos vuelan bajo ella sueña acariciarle.

En otro tiempo, muerta de frío, se engurruñía entre los tristes crisantemos amarillos y lilas que le acompañaban.

Entro. No entro. Salgo. No salgo. Paso. No paso.
Pasó.

Hay un salto de eje, una elipsis indefinida que distancia, separa, corta y altera el presente, el pasado y el futuro de las mejores películas. Un salto elíptico que nos escamotea parte de lo vivido. Un crucigrama que nos permite omitir pistas, verticales,

horizontales, tridimensionales y cuadrofónicas. Un sudoku enlatado donde un pasado cautivo rumia y escupe el tiempo contra las paredes del destino. El eje se salta o lo saltamos para que la coherencia de la narrativa no nos aplaste con su losa fría de mármol de Carrara o por una simple traición del subconsciente que nos enreda calendarios y la insoportable relatividad del tiempo cotidiano. En su caso, la siniestra siempre ha devorado sus movimientos para que nunca su derecha supiera con certeza hacia donde se movía. En su caso, la siniestra se ha ido apoderando de los espacios intermedios hasta llenarlo todo.

Estudiaban juntas en el instituto de la Magdalena y se picaban las clases echando un guiñote en el Mojo Picón, uno de los bares de pirolas y escaqueos, o fumándose las horas en un solar semiderruido de la calle Universidad donde solo acudían yonquis de buena familia y un barrendero guarrísimo al que le gustaban las del instituto con falda corta y calcetines largos. A veces buscaban un sitio estratégico en la biblioteca de los Sitios para hacer duermevela y, como ellas decían, echar una cabezadita. Otras veces su compañera cargaba con la guitarra y se

refugiaban bajo el plúmbeo techo otoñal del Parque Bruil. Allí siempre la misma pena de contemplar a la gran osa encerrada en su diminuta jaula. Los mismos barrotes dibujados en sus ojos grises, la misma lluvia golpeando los cristales de su alma. Por aquellos días las escapadas se complicaron porque algún insensible le metió un perdigonazo en el ojo y los vecinos de la zona no cesaban de llamar a Radio Zaragoza para denunciar el mal estado de la pobre osa. El parque se llenó de curiosos, pero nunca de veterinarios, y de periodistas locales que empezaban a tomar conciencia de la dama de verde, a la que ya familiarmente llamaban *ecología*. El trasiego de visitantes poco cambió el aspecto de la celda de la osa y aunque tampoco se multiplicaron los panes y los peces, la osa empezó a acostumbrarse a su vida de cíclope y ellas volvieron a encontrar un rincón especial donde sentirse unicornios y tener sueños azules, donde acariciar su guitarra y declamar cualquier letra que se enredase en sus ganas desmayadas y en los sueños macabros de la osa tuerta. Al final del todo, hundida entre sus poemas y devorada por el mar, el rostro plácido de Alfonsina Storni y sus versos como caballitos endiablados en el rompeolas. Por aquellos días el parque Bruil era un

mar de colores, lleno de peces saltarines chapoteando entre sus bocas y un sinfín de redes silenciosas arrastrando corales y tritones, dejando sal muerta y futuro incierto entre sus dedos. Al poco tiempo se llevaron a la osa tuerta a un parque natural, lejos de observadores y fuera de sus poéticos confines.

El centro de costura *La Parisien*, en el corazón de la calle Alfonso, impartía unos cursos de costura donde lo mismo cosían puntillas y blondas lenceras y anudaban cintas rojas en un sujetador negro para noche vamp, que dibujaban, cortaban y cosían sotanas de cura de parroquia de pueblo. Entre las clases del instituto, las particulares de latín, arrastrar al perro de árbol en árbol y dejarse arrastrar por él de celo en celo, todavía encontraba tiempo para mostrarse como alumna aventajada y como sumisa y dispuesta modelo siempre entregada a la causa del hilo. Entonces, que no había Rastro para regatear moda, Primark donde comprar barato, ni tiendas chulas donde marcarse tendencia postmoderna, cualquier aproximación al arte de dar por culo a la aguja y calentar dedal era la mejor opción para pintar algo gótico en su cuerpo. Los polvos de arroz,

el lápiz de labios rojo, el esmalte de uñas negro y unas gruesas argollas de cadena plateada, compradas en la sección de ferretería de la Droga Alfonso y colocadas en un sinfín de vueltas hasta el infinito de su cuello donde se escondían los violentos besos del fin de semana, hacían el resto. Aquella parafernalia era motivo suficiente para que su padre rompiera la calma familiar diciendo a voz en grito, y con puñetazo en la mesa incluido, que su hija parecía una sanguinaria. En aquella lucha rebelde nacieron sus pantalones negros de torero y una vaporosa blusa, negra también, con tacto de piel de ángel. Sus pantalones, apretados de cintura a tobillo pasando por muslamen, cortaban la respiración de todos los que se atrevían a mirar, aunque fuera de soslayo. Aquellos precursores de los actuales leggins, ahogaban la respiración de la pobre chica, que parecía la misma Sisi emperatriz embutida en su alargado corsé anoréxico. La liviana blusa negra, a la que más tarde bautizaría como blusa piraña, era pura provocación. Era el caliente contrapunto del frío invierno.

Aquella noche sobrevolaba sobre su propia sombra que se prolongaba alargada entre las ratas aladas de la plaza de Pilar. Ensimismada y recogida

en su largo gabán negro, corría arrebujaada en su generoso cuello de pata de gallo almidonado como alzacuellos de pater. El rostro cubierto y oculto como un arcano, no fuera que aquellas despiadadas palomas se embriagaraan con sus feromonas y le acompañaaran hasta casa, clavando como dardos en la niebla sus molestos ruidos metálicos. Ella alzaba el vuelo sigiloso. Corría sin rozar el suelo, propulsada sobre la misma niebla, como Nosferatu el vampiro batiéndose en duelo con su sombra alargada sorprendida silenciosamente en las escaleras, donde solo una vela alumbraba entre tinieblas. Ella llevaba sus pantalones de torero tan ceñidos que si se hubiera sentado podría haberse comido sus propias vísceras. Tirando de su delgadísimo e invisible hilo de plata rozar su alma negra y hasta sorber su propia melancolía. Estaba deseando sacárselos de encima pero para un día que tenía permiso de pernocta no iba a desaprovecharlo. Un tropiezo, un aviso en casa y torcía su camino y también sus planes. En ese cambio de eje conoció al grupo Cocadictos, junto a Cadáveres Aterciopelados, una de las primeras formaciones punk zaragozanas, que ensayaban en el barrio del Boterón. Quizás fueron las ganas de estornudar sin vomitar sus propios intestinos o las

ganas de quitarse sus recién estrenados zapatos de tacón de aguja sin arrancarse el pie. Quizás fue eso, el sentirse lejos de las ratas voladoras, lejos de su casa, o la confianza que siempre da asco... el moscatelillo de Ainzón en el frío local de ensayo. Quizás fue algo de eso o todo junto y cuando se quiso dar cuenta tenía una lengua enredada en su campanilla y un par de manos abriéndose camino entre la blusa piraña. A la luz del día, de camino a casa, borrachilla de moscateles y sobrepasada de reflexiones y puntos suspensivos, a punto estuvo de vomitar su propia estupidez.

A los días, a los meses o el curso siguiente, se produjo un nuevo salto de eje en su vida. Un desliz en su memoria venía a perturbar el orden natural de sus cosas. La noticia corrió como la pólvora por el instituto: Alma, conocida con el nombre de Coca y vocalista del grupo los Cocadictos, se había suicidado precipitándose al vacío desde el balcón de su casa. A Coca no la conocía, ya nunca la conocería. Ese mismo año o quizás fue el siguiente: la misma turbulencia en su cabeza. Un gran salto de eje venía a crearle desconcierto en su búsqueda y en sus disertaciones sobre Séneca, aunque dicho sea de paso sus criminales pensamientos y huidas atrás

sobre papel le habían valido un sobresaliente en filosofía. Juan se había quitado la vida con una escopeta de caza, también en un mudo balcón. A Juan le miraba siempre cuando apoyado en la puerta del instituto se encendía un cigarrillo y pausado daba unas rápidas caladas, que le dejaban el dedo índice totalmente amarillo. Luego, con virulencia, apagaba el cigarro contra la pared y se lo volvía a meter en el bolsillo de sus desgastados vaqueros. Bajo sus rizos una mirada contenida, que nunca se encontró con la suya y la cadencia de sus ojos marrones y dulces como castañas de navidad. Él y su soledad lenta y prolongada.

De pronto, se acabaron las escapadas al parque, los susurros en la biblioteca y los suspiros a medianoche. Ya no había pirañas, ni piratas saqueando su barco. Solo una obsesión galopando en Pegaso, un runrún en su cerebro y una necesidad de anclar su corazón. El anhelo de conocer el mapa de Juan y su última ruta; las ganas de deshacer las maletas de Coca y la sinrazón de descryptar sus bitácoras se habían apoderado de todo.

Sus manos perezosas se dejaban querer por los dedos prestos que tamborileaban incesantes en el

pupitre verde de segundo E, esperanza. Una enorme mano detuvo con fuerza el incesante ritmo. Sigiloso como un elegante gato negro de angora se aproximó por detrás y le dijo al oído: “Me faltas tú”.

Ella se giró y paró en seco su ritmo de mimo dormido. Juntos, aproximando sus frías manos de mes de junio, pero sin llegar a tocarse, corrieron escaleras abajo y marcharon al recreo, al parking de los profesores. Solo me faltas tú. Solo me faltas tú, repetía una y otra vez mientras se dejaba arrastrar detrás del coche de la profesora de latín. Hacía mucho tiempo que desde la ventana de la clase su mirada escurridiza se había colado por un rincón del recreo, donde él mordía tiernamente los labios de fresa ácida de una compañera repetidora, que enredaba a todos en su dulce látigo.

Todo empezó como un rito iniciático. La cogió por detrás y la agarró fuertemente contra él. Resultaba todo tan violento que un grupo de profesores que pasaba por allí no quiso ver el encuentro. Ella se sintió tan apretada, tan cohibida, que en la congestión soñó con los ojos marrones de Juan. Millones de planos detallados de su mirada se filtraban por su mente; escupían sucias miradas y vomitaban tiempos muertos sobre un lecho de rojas

amapolas dibujadas a contraluz. Entonces, entreabrió los labios húmedos para que él los mordiera rápido y aflojó su polo blanco de niña buena para que él deslizara suavemente sus manos depredadoras de chico malo. La sangre le corría a borbotones. Era puro fuego y necesitaba que alguien sofocase tanta agitación. El sabor metálico en su boca y las amapolas dibujadas reventándose una a una y llenando de sangre todos los espacios, ahuyentaron a Juan de sus ensoñaciones.

A veces quería ser plato sumiso para rendir cuentas a la manzana. Otras, quería ser descorazonador de acero quirúrgico y robarle su dulce corazón. Solía comer manzanas. Pero, originalmente, le gustaba ser la manzana del pecado. En aquel momento deseaba que el acero se abriera paso entre su jugosa pulpa y un descorazonador le arrancara el ritmo. Así permanecer hueca y fría pero destilando pulpa en una extraña alquimia en la que el sabor a óxido lo impregnase todo y sus dedos húmedos desdibujaran todas las nada hasta borrarla.

Solía comer manzana a cualquier hora. Comía manzanas siempre.

Cuando cerró los ojos, volvió a sentir sus frías

manos sobre las suyas. Él le susurró que pensara lo primero que iba a pedirle, ella volvió a sonrojarse y quiso girarse para ver su cara. Entonces él volvió a apretarle con fuerza y le puso una Biblia entre sus manos. Con su mirada oculta en el jersey sudado de él, simplemente sintió que algo grande estaba pasando. Ella se dejó llevar. A continuación introdujo unas tijeras abiertas en el libro. Sacó un largo cordel rojo de su pantalón y empezó a pasarlo varias veces alrededor del libro. Ella puso su mano sobre la suya, acompañándole en todos sus movimientos. Dieron vueltas y vueltas y lo ataron fuertemente hasta que las hojas de la Biblia presionaron sobre las tijeras. Cada uno de ellos colocó la yema del dedo índice en la parte inferior y exterior de uno de los ojos de las tijeras. Atentos al código binario: sí-no, que previamente habían pactado, procedieron a la invocación.

Finalmente, entre los dos sujetaban las tijeras y de ellas colgaba la Biblia. El rito de Verónica ya estaba preparado.

El olor a gasolina reconcentrada no era agradable y la primavera lo estaba multiplicando hasta la extenuación, pero las ganas de sentir sus gruesos labios clavaron sus zapatillas de cáñamo en el

derretido asfalto. Si el libro señalaba hacia la derecha quería decir “sí”, si señalaba hacia la izquierda quería decir “no”. Los coches se iban marchando y ellos cambiando de escondite. La noche cerró el instituto. El muro del Deán se arqueaba como luna menguada con tanta fogosidad y tanto fragor. Don Teobaldo, Mayor, Arcedianos y Palafox esperaban sus pisadas cortas y seguras y se abrían y cerraban a sus ojos y en sus juegos. Llenaron lunas y vaciaron deseos. Rica de azules y tierras, en cada esquina donde se regalaban tiempos muertos y se propinaban golpes... de buena suerte, la torre de la Magdalena no les perdía pie ni pisada. Allá dónde un portal les cobijaba, ellos jugaban a piedra-papel-tijera. Ganaban siempre las tijeras. Siempre Verónica. Verónica, que también se había suicidado por mal de amores, cortándose las venas con unas tijeras, se había convertido en su compañera de juegos y escondites y en una obsesión. Siempre las tijeras y la Biblia. Siempre las respuestas por llegar. Verónica, siempre.

Bajaban emocionados conteniendo la respiración, pero no las manos, durante todo el trayecto de autobús. La línea 34, *Almozara-Cementerio de*

Torrero, les llevaba hasta la misma puerta de sus desvelos. Primero se asomaban tímidamente al Campo Santo, luego se atrevían a entrar en los funerales. Transcurridos los días pasaban por los velatorios dando cumplido pésame a familiares y amigos. Unas lágrimas más se perdían entre la muchedumbre colgándose del cortejo fúnebre y se dejaban llevar por la pena y el luto de un lunes, martes y miércoles. Jueves y viernes no, que pasaban lista en clase y tenían que camuflar y disimular sus ausencias. Así pasaban sus tiempos: alargando plazos de horas muertas, sintiendo piel con piel ese dolor amargo que nos hace polvo. Cuando ya no había vivos alrededor, buscaban un silencioso ciprés. Allí se mordían largamente, sintiendo como la tierra se abría en dos, sintiendo el olor a barro cocido. Mientras, Verónica en la mochila de ella les prendía con fuerza, en cada uno de sus anhelos. Al final del día, cuando el sitio quedaba vacío y solemne ellos paseaban entre cipreses y se escondían un rato bajo las alas de la calle 6.

Luego, como en el cuento de Blancanieves, una aprendiz de bruja se buscaba en los espejos de noche, rodeada de velas, para preguntar por la muerte de Juan, por la de Coca... por su propia

muerte. Le habían contado que el espejo, gracias al poder de su azogue, podía atrapar el espíritu de quién realizaba el ritual, e incluso el espíritu de todas las personas que aparecían en él. Ella esperaba a que estuvieran todos acostados y se colocaba completamente desnuda de espaldas al espejo, los brazos cruzados y una vela negra en cada mano. Ella se atrevió a buscarse en el azogue. Él nunca. También jugaban a las preguntas. Una fecha les gustaba especialmente: El 6 del seis a las seis de la tarde. Si tenían examen se lo organizaban para conseguir un justificante médico y poder rozar, por encima de todo, el mágico y maléfico 666.

Se dejaba tentar por las noches y sus juegos, por sapos y brujas, por historias de mujeres malparidas y por bocas escupiendo sangre.

Acabaron sus pirolas y también sus escapadas. Terminó el instituto. Ella empezó a pintarse ojeras profundas y labios negros. Empezó a cavarse su tumba.

Se llamaba Rob, Bob o Paul y era un armonicista con rotundos ojos del cantábrico que se acostaba en la pared de la iglesia de San Gil con su cajita metálica de galletas maría, vacía de galletas pero con algo de

maría, y con un cartel donde ponía gracias, en todos los idiomas. Sus labios eran grandes y envolventes olas que como golosinas de gelatina de limón se derretían en su boca, ávida de idiomas y de otros viajes. Seguro que le triplicaba la edad, pero eso no importaba tanto como que un Parque Bruil furioso hacía tiempo que rompía versos y que por los Pinares de Venecia algunas almas danzaban tristes el baile del desconsuelo. Ahora se hubiera liado un linchamiento social por asaltacunas pero realmente la única inocencia que se estaba doliendo era la del rubio trotamundos, que en sus primeros encuentros ya empezó a deletrear la primeras palabras hirientes y a juntar las primeras frases de la siniestra geografía del más allá.

Cerca de San Gil, también sonaban las campanas. Eran campanadas con golpe duro como piel de granada. Cada una de ellas un grano dulce que dejaba sabor quedo en su paladar y la extraña sensación de acero clavado en sus costillas. Esa sensación de que algo entra con fuerza y sale rápido dejando un dolor sordo que solo suena en un músculo rotundo y delicado. Aquellas campanas sonaban a pupitre vacío. Los rincones encendidos de las calles y las mudas calles tapiadas de sueños rotos

se cernían sobre la triste sombra solitaria de chico malo que conjugaba imposibles vísceras.

Aquellas campanas tocaban a muerte.

Hubo más elipsis. Seguro que habrá otras muchas. Hoy ha cerrado su celda en el hospital San Gregorio donde ha pasado los últimos días, quizás las últimas semanas, los últimos meses. Ella con ella misma. Ella y una bata azul cielo. Ella. No visitas. No tabaco. Solo ella sin ventanas. Solo ella y una despiadada tapia gris ante sus ojos negros que ya no lloran. Unos ojos que escupen ácido por una búsqueda amarga. Por un viaje sin brújula.

Se estaba muriendo y no sintió pena. Tampoco tristeza. Sus labios cambiaron de color mientras su boca se movía como el ritmo del riachuelo que va horadando la ladera, como si estuviera llena de amapolas y sus pétalos jugueteasen con el viento. Había estado tan hipnotizada por la belleza de su rostro que cuando su cuerpo helado pedía clemencia, sus manos eran ya un húmedo campo de amapolas rotas. Sus párpados cayeron y ella también perdió el aliento. Se había cortado las venas.

Después de romper su burbuja íntima y sentir por

un instante la placentera muerte ya nada ha vuelto a ser lo mismo. Ahora, aunque el calendario se altere a diario y los días viajen de aquí a allá, ella permanece en el mismo lugar, manoseando la verdad. ¿Pero qué verdad? ¿La verdad de Juan? ¿La de Coca? ¿La de Verónica? ¿La suya?

Verónica se resiste a arrastrar en el presente las miserias de su pasado porque sabe que en las entrañas de esta ciudad otros mundos sacuden puertas y escupen sapos. Verónica siempre.

Eso es todo. Eso y los espacios intermedios.

Sobre la autora de «Zaragónica, una historia de los ochenta»:

Cristina Ruberte París. España. Licenciada en Ciencias de la Información (Universidad del País Vasco). Diplomada en Magisterio y Posgraduada en Logopedia (Universidad de Zaragoza). En los últimos años ha desarrollado una intensa labor creativa con la publicación de sus relatos “Reloj de Repetición”, “Comunícate”, “Diario roto de los 40”, “Deshójame”, “El cachete lunar”, “Cuarentona y sola, los demás a su bola” y “El hombre del piano”; así como sus poemarios “Amapolas y Cacerolas” y “Galletas en Soledad”, en numerosas antologías internacionales de autores noveles y poetas hispanoamericanos. Poetisa incluida en la Nueva Poesía Hispanoamericana, junto a autores como Luis Antonio de Villena, Cristina Peri Rosi o Jaime Siles (Ediciones Lord Byron. Lima. Años: 2004, 2005, 2006) y presentada como *poeta del silencio y bellas imágenes*. En solitario ha publicado sus poemarios “Crucigrama de amapolas”, “Gato negro” y “Un tejado cualquiera”.

La autora ha sido premiada y mención de honor en distintos concursos internacionales de poesía,

haiku, cuento y relato hiperbreve.

En la actualidad trabaja en la preparación de su poemario “Oscuro”.

“Zaragótica” es una historia de los ochenta y su primer cuento oscuro vivido y tramado a orillas del Ebro. Desde las entrañas de Zaragoza, donde los pobladores más comunes se llenan los bolsillos de amapolas marchitas, les presenta: ***Zaragótica.***